

PODRÍA SER UN CUENTO

LOLA AMO

Érase una vez un joven muy muy listo, tan listo, que creía que lo sabía todo; y se rodeaba de otros chicos y chicas que creían que, al menos, sabían tanto como él. Este joven podía tener tal vez quince años, tal vez veinte; podía ser un chico, o una chica, podía estudiar quizás ingeniería industrial, o segundo de bachillerato o acaso trabajar en una tienda de “Todo a cien”. A esta persona le importaban sus amigos, su música preferida, sus deportivas nuevas, la hora de volver a casa el sábado por la noche y la propina que siempre se le quedaba corta. También le importaba su familia, aunque los padres, a menudo, se convertían en un estorbo, siempre preguntando dónde había estado y con quién, siempre entrometiéndose en sus planes, siempre queriendo fisgonear en sus asuntos, y, sobre todo, siempre queriendo darle consejos. ¡ Darle consejos a él!, ¡ o a ella!, que ya sabía todo lo que había que saber para andar por el mundo.

Que ¿quién era esta persona?, pues tú mismo, o tú misma que estás leyendo esto cuando tenías, o cuando tengas su edad.

Pero sigamos con la historia.

Este joven, pongamos por caso, tenía una abuela. Y a él o a ella, la abuela le parecía ya la “repera”, todo el día persiguiéndole “¿dónde vas con esas pintas?”, “¿qué horas son estas de llegar?”, “¿y esos pelos?”, pero lo más insufrible de todo era cuando a la dichosa abuela le daba por contarle “batallitas de sus tiempos”. En cuanto empezaba la buena mujer con eso de “pues cuando yo era joven...”, ya sí que no había quien la aguantara, y el que más o el que menos escapaba como podía del asunto, dejando a la abuela aparcada como un mueble y sentada frente al televisor.

Sólo que a la abuela no le gustaba la televisión, bueno, algunas veces sí, pero la mayoría de las veces no entendía todo lo que pasaba, sobre todo cuando daban las noticias en el Telediario, así que la abuela prefería vivir anclada en su pasado, negándose a aceptar que el mundo había cambiado y seguía cambiando mientras ella dormitaba en su sillón.

Y así fueron pasando días y más días, y la abuela pudo resignarse a seguir durmiendo y a que nadie la escuchara, y aquel joven tan listo, tan listo, pudo haber olvidado quién era y de dónde venía, y pudo haber tropezado muchas veces en la vida sin nadie que le aconsejara o le apoyara.

Ese podría haber sido el final de este cuento. Pero no fue así.

Una tarde de invierno, o quizás de primavera, mientras afuera llovía, nuestro joven pilló una gripe (bueno la gripe lo pilló a él), y se quedó en casa a dormir en el sillón de la abuela. Y, de repente, sucedió algo, desde ese sillón tuvo la sensación de que percibía la vida de otra manera, de que, en realidad, lo verdaderamente importante eran otras cosas, y empezó a recordar cosas que no había vivido, era como si estuviera viendo el mundo a través de los ojos de su abuela. Y el mundo se le antojó distinto, extraño, a veces, incomprendible. Pero, a través de esos recuerdos que no eran los suyos, también vivió historias maravillosas, se encontró con un mundo que le pertenecía, sintió la alegría y el dolor, supo cosas que no sabía, comprendió un pasado que tal vez también fuera el suyo y se asustó ante un futuro que parecía inventando para los otros.

Quizás lo soñó, tal vez fuera la fiebre, pero, durante unos minutos, vió el mundo como lo veía su abuela.

La abuela, mientras tanto, y para mejor cuidar de su nieto, se había sentado frente a él y le ponía la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre al verle agitarse en el sillón. A través de su mano rugosa empezó a sentir una corriente de calor que le recorría todo el cuerpo y un sopor agradable le cerró los ojos. Entonces también ella sintió el milagro. Comenzó a pensar y a sentir como si fuera su nieto, se encontró con un mundo que era suyo, había olvidado sus recuerdos pero tenía nuevas ideas y nuevas esperanzas. Sintió que le gustaban otras cosas, cosas diferentes pero no necesariamente malas, tenía un afán enorme por vivir, por disfrutar y por divertirse, sintió la juventud correr por sus viejas venas, y también ella comprendió.

Todo pasó tan rápido como si no hubiera sucedido nunca.

Cuando se miraron a los ojos, sin decirse nada, ambos sonrieron y callaron.

Callaron entonces, pero después de aquel momento, comenzaron a hablar. Se diría que nunca antes habían hablado. Y hablaron de la vida de la abuela, de lo que ella había conocido, del mundo que ella había dejado atrás y del mundo que a partir de entonces, ya nunca la dejaría atrás a ella. Hablaron de la vida del nieto, de lo que le interesaba, lo que le gustaba, lo que necesitaba.

La abuela le enseñó lo que sólo la experiencia puede enseñar.

El nieto enseñó a su abuela un mundo cambiante en el que ella también tenía que participar, le enseñó lo que sólo la ilusión puede enseñar.

Ambos aprendieron a convivir, y compartieron ese hallazgo con los que estaban a su alrededor.

Hoy la abuela ha ido con su nieto a una manifestación por la Paz. Ayer le enseñó a hacer rosquillas y le cantó algunas canciones de su juventud.

Y así se acaba el cuento, que bien podría no ser un cuento.

Es una pena que no existan muchos sillones mágicos como el de esa abuela desde los que sentarnos a ver la vida a través de los ojos “del otro”, el mundo sería mucho mejor, más justo, más solidario y más humano, si, más a menudo, nos pusiéramos en el lugar de los demás. Es difícil, pero no imposible, todo es cuestión de ejercitarse, y cualquier momento es bueno para practicar este sano deporte.

Y a falta de sillones mágicos, tenemos muchos lugares de encuentro entre generaciones, hay lugares que también tienen su “magia” y que nos ofrecen la oportunidad de convivir a jóvenes y menos jóvenes, uno de esos lugares podría ser ¿por qué no? la Escuela de Adultos.

En nuestra Escuela de Adultos intentamos aprender muchas cosas, pero sobre todo, intentamos aprenderlas juntos, enseñarnos unos a otros, ponernos en la piel de los otros, porque sobre todo, queremos aprender a CONVIVIR, y lo mismo que “el movimiento se demuestra andando” (como diría la abuela), eso sólo se aprende CONVIVIENDO.

Círculo de Cultura Popular Delicias- Paulo Freire. De FeCEAV. Educación de Personas Adultas.
Programa Municipal Aprendizaje a lo largo de la vida (ALV)

CÍRCULO DE CULTURA POPULAR DELICIAS “PAULO FREIRE”